

En la quietud del silencio

Mariana Bernárdez

EL SILENCIO VIENE DE LA OTRA ORILLA cargado de palabra verdadera, quizá por eso cuando irrumpe hace un espacio como la luz en su materia trazando la velocidad de su trayectoria. Sea el peso de su presencia intuida, la reverberación del aire recogiénose hacia sí para alcanzar vuelo, o para develar el sosiego que se concentra en la redondez de la gota resbalando por la superficie: agua cirinea hacia el Monte Sión.

La percusión de la gota atrapa entre sus redes la imagen del cielo retenida en el charco, frontera entre el anverso y el reverso donde la mirada que se mira mirarse desconoce cuál profundidad ocupa, y mientras titubea, se balancea en su refracción, atiende la prédica de la resonancia que en vano busca la correspondencia de su peso en oro. Escucha la mirada como mira el escucha, todo blanco, todo retiro, contención que cela y devela, que sujeta e incita, que encierra y acrecienta el verberar hacia el habla.

Silente sigilo reptando por lo escrito hasta que el rumor lo rasga, lo hiende, y se desvía hacia una proporción, tregua donde el círculo desnuda y trasluce el vínculo entre las líneas, donde el verbo fecunda y la voz se amuralla, lazo que anuncia el advenimiento del enigma, antes del canto, antes de la quietud, antes, antes de la finura del cristal, antes del temblor: la inmovilidad que desaparece en miles de fragmentos, en millones de granos de sal, miríadas de esquivas..., y el mar del desierto se agranda hasta irradiar *lo impenetrable* que hay en su deslumbre.

Sorprendida la mirada en su impertinencia siente cómo las llamas en relámpago sellan su jadeo y aprisionan su tañido; siente el latido cautivando la sencillez de su entidad y no aprehende la alquimia que habrá de trocar lo insonoro en murmullo y la voz en jacilla. Exaltada en su reposo, mayor deslumbramiento le produce el sino envolviendo el pacto entre el vacío y la ausencia, río que transparenta la negrura

donde aparecerá el sentido que discurre íntimamente, porque hasta el pensamiento del silencio sentenciado está a nacer por una herida.¹

Pesa en la mirada lo visto, la pausa no porta consigo la omisión, incluso en su simplicidad, inevitable es la evocación de volutas que resucitan la espera; mientras la mirada se desdobla en esta dilación, se pierde en la finitud de aquello que sobrevivirá su fatiga: las piedras que habrán de yacer al pie de los cipreses elevando su verdor al *azraq* plumizo de las nubes; sabe con precisión, que una y otra vez, el polvo arrasará con las marcas que desafían la urdimbre del laberinto inscrito en el iris de sus manos, como también sabe, que una y otra vez, volverá a sujetar los símbolos hasta concentrar su vibración en un punto, aquél donde se atarán los hilos de un rizoma como evidencia de la puntual conformación del mundo en la impavidez de su rasgo. *Nudo*.

La quietud del nudo anuncia las diversas geografías del silencio, topografía cuyo denominador común es su acción embrionaria: *esponsal* que compromete porque vaticina el rastro en su pureza inaugural, ese momento donde atreve un periplo menor al de la hoja de parra, ¿no es tal vez en la acrobacia donde se anuncia el sucumbir inevitable de los sueños?, por este hecho tan inconfesable, la letra se arrincona en los pliegues de su señorío y el nacimiento se detiene en su alud colérico. Suspenseo y premura. Cuerpo de materia inmaculada que aguarda a ser despertado, mientras la dualidad se con/funde en el zozobrar de pautas y silabarios: fisión donde lo entrañable encumbra su aljibe.

La mirada intuye que lo *inexpresado* no dibuja raíz ni tálamo, pero asedia y expone el dentro, sigue el rasgar de hilos iridiscentes, ofrenda del olivo: cascada prolifica de luminosidad, testimonio de la gracia que regocija; que en el mostrar enseña la arquitectura magistral de las esferas celestes, y en

el ocultar, las sendas que habrán de guiar al fondo antiguo que se es: suave rumor de las dunas en su ondular.

Ultra-blanco claror de lo visto. La mirada no penetra el acertijo y se abrillanta al punto de falsearse, tal es el resplandor del rastro que deja la presencia ausente, ¿cómo saber con certitud aquello visto?, ¿será una pizarra donde se dibuja la impronta de lo vivido? El silencio tiritita instaurando su reinado, y el palpito de la palabra atruena, ¿cómo dirimir la falsedad de lo evidente, cuando lo inminente no es el trastabilleo de la razón sino la urgencia para que la imagen apresada en el cielo de los ojos se transmute y cobre altura suficiente para merecer declararse? Hay un peligro superlativo que se desconoce y es la insensatez que sobreviene al no haber logrado sonido alguno, aunque otra cosa será y muy distante de ello, el delirar entre las palabras.

En la suspensión, la mirada aprende cómo el vocablo arremete contra su forma, la contraviene, la rasga para escaparse, y aprende porqué la mudez no tiene paridad en lo que se adormece, ni es el eje de la balanza que se levanta en pendón de aquél que ha logrado dominarse hasta la hosquedad, lo indecible no es in/callable, in/mutable ni in/expresable, es in/decible en tanto que encarna lo decible, y en tanto encarnado, silencio que signa no la imposibilidad, sino lo que la palabra, en la resistencia de su preludio, no habrá de usurpar, de hacerlo heriría de muerte al lenguaje.

Es en la *in-tensión* donde se descubre la complicidad entre los opuestos que juegan a la cara y cruz, revistiendo cada uno, las características del otro, privación de sí para aseverar la sinuosidad de la unidad, suspensión mas no su-

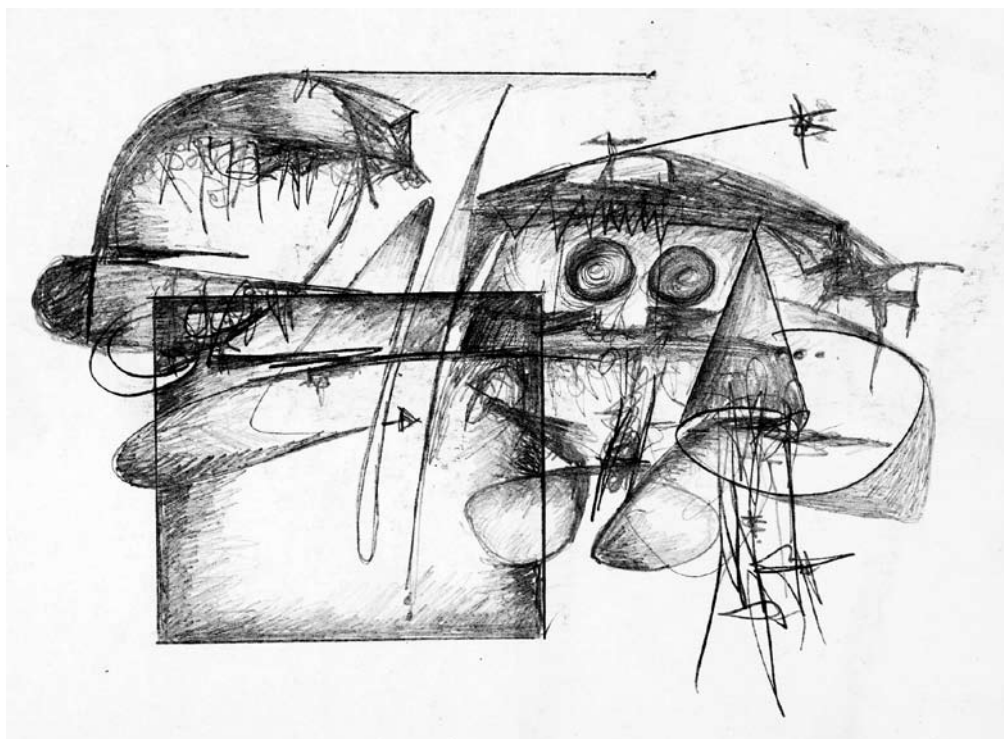
presión; y en dicha negatividad tocar la orla de sentido que muestra lo indemostrable: el paroxismo de la in/cordura, el levante de un nocturno en pleamar que se precipita en la duermevela susurrando que es posible rescatar lo que se dejó ante la urgencia de la huida; y sólo por un instante, la mirada sabe que fue capaz de entender la lengua de los pájaros, quizá de ahí tanto revoloteo, quizá también esa vastedad que no se colma o la fascinación que responde ante la llamarada del deseo.

La mirada cierra su mirilla; cansada de tanto discurrir, acierta a atender ese único sobresalto que la guiará a reconstruir insistentemente la completitud rota, tratará de hilvanar a su modo los pedazos sabiendo de antemano la inutilidad de tan puntilloso quehacer, pero su deambular describirá un camino que dejará a un lado la discusión de si la confesión antecede al silencio, o si éste es el escenario de la palabra, más aún si el imperio que yace entre *la palabra y el silencio* es el lugar donde se ensancha el perímetro de lo develado: abierta la brecha inevitable es que los trinos echen a volar. •

Nota

¹ Recuérdese el nacimiento de Palas-Atenea que brota, entre terribles tormentos, de la cabeza de Zeus. http://www.portal.planetasedna.com.ar/mitologia_griega.htm, 4 de octubre del 2007.

MARIANA BERNÁRDEZ (México, D.F. 1964), Estudió la carrera de Ciencias de la Comunicación Social en la Universidad Anáhuac. Maestría en Letras Modernas y Doctora en Filosofía por la Universidad Iberoamericana. Sitio en internet: www.marianabernardez.com



Dibujo 70